

La ruidosa soledad.

Crónica del desamor, de Rosa Montero

Carmen Martín Gaité

(Diario 16, 17 de Julio de 1979)



Tirando del hilo. Siruela 2006

Hace poco, hablando en estas mismas páginas de la actualidad del ensayo de Denis Rougemont *El amor y Occidente*, traducido por Kairós, decía yo (y también Rougemont viene a decirlo) que los hombres y las mujeres que hoy afirman jactanciosamente haberse liberado de las ataduras de lo que Stendhal llamaba “amor-pasión” no han hecho sino sustituir aquella servidumbre por otra no menos onerosa, es decir, el culto al amor por el culto al sexo, incapaces, sin embargo, de anular los resortes y expectativas de una “ilusión” cada día más difícil de reverdecer.

Me parece oportuno volver a traer a colación estas reflexiones para encabezar mi comentario sobre una novela publicada por la editorial Debate en fecha reciente y cuyo tema, rabiosamente actual, bien podría tomarse como una *mise en scène* ilustrativa de la tesis de Rougemont. Me refiero a *Crónica del desamor*, primera aportación al género narrativo de la joven periodista madrileña Rosa Montero, quien, a juzgar por sus declaraciones, no parece calibrar la profundidad psicológica de la cala que, burla burlando, ha conseguido hacer en este asunto de amores y desamores.

“¿Una novela? No, no considero que mi libro sea una novela –ha respondido, pasando de entrevistador a entrevistado, quien tantas y tan hábiles preguntas ha urdido en los últimos años para hacer hablar a los demás-. Creo que *Crónica del desamor* es precisamente eso, una crónica sin pretensiones, una mirada rápida al mundo que nos rodea.”

La ausencia de pretensiones (y es verdad que el texto de Rosa Montero carece de ellas en absoluto) me parece una base muy sana para habérselas con una primera novela, algo así como ponerse a viajar sin mucho equipaje y en ropa cómoda. Pero en lo que no estoy de acuerdo es en que *Crónica del desamor* no sea una novela y menos en que la mirada que Rosa Montero ha paseado por el mundo que retrata sea tan rápida como ella dice.

Rápida puede ser la forma de contar lo que ha visto, aunque no tan rápida como múltiple, caleidoscópica, un estilo perfectamente adecuado a la época en que florecen esas imágenes fragmentarias que se desplazan unas a otras y con la arritmia que preside su aparición y desaparición. Pero la mirada de Rosa Montero sobre esta vida sin transición, sin alivio y sin raíces, sobre estos acontecimientos que parecen no acontecer, es profunda, demorada y valiente: todo el libro rezuma la amargura de esa mirada, de esos ojos bien abiertos de mujer que no puede perder tiempo en llorar porque necesitan no perder detalle, orientarse, tomar nota de todo.

Aunque Rosa Montero ha escrito un relato en tercera persona y de protagonista múltiple, no ha evitado –sin duda deliberadamente– que el foco que maneja para alumbrar los rincones de ese mundo que la rodea, se detenga con especial complacencia en Ana, una madre soltera de treinta años, que trabaja en un periódico y a quien destaca como aglutinante principal del grupo enredado en que se mueve y como portavoz directo o indirecto de la historia. En ella delega sus propios deseos de escribir una novela con los retales de un tiempo que no acierta a decir cómo pasa ni en qué diferencia sus ayeres de sus mañanas; a Ana atribuye la autora el papel de testigo, la asunción de la lucidez, la tarea de no naufragar en el seno de esa “ruidosa soledad” en que ha implantado su estandarte el desamor. Y Ana, por encargo de Rosa Montero, en el tiempo que le dejan libre sus tareas de madre, de periodista y de mujer, sus presuntas diversiones, y la abrumadora incidencia de los problemas ajenos en los propios, hilvana como puede, en vilo, aprisa, la primera novela –testimonio digno de ser tenido en cuenta– del novísimo Madrid, del de hace tres años a esta parte. Por su crónica desfilan gentes llenas de proyecciones al futuro, de ansiedades y añoranzas que se empeñan en abortar para poder seguir afirmando que sólo quieren vivir el presente; mujeres incapaces de tirar adelante sin un padre para sus hijos, a las cuales, sin embargo, impide hacer esta declaración su voto al sexo, y a la “libertad”; maridos separados que han desmitificado la familia pero están hartos de comer en restaurantes y de llevar a los niños al cine los domingos fingiendo naturalidad y alegría; una colmena de seres sin fe, descolgados, perplejos, rotos, que se drogan con LSD o con sueños de poder, que se arriman a los demás para no sentirse náufragos y se engañan con pasiones ficticias, simple reflejo de su necesidad de ser abarcados por alguien, seres solitarios, en fin, entregados a la rutina de frecuentar grupos donde progresivamente se destiñe su identidad. Crónica del desamor es un retablo de gentes esclavas de sus relaciones agónicas y exasperantes, abocadas a inventar continuamente lo que no encuentran, a añorar lo que no pueden confesarse, a construirse a sí mismas en personajes en quien creer, a luchar por seguir queriendo algo, encarnando como sea su ansiedad.

Tal vez la mayor objeción que puede ponerse a la novela de Rosa Montero sea la de una cierta exageración en su partidismo por las mujeres; porque si bien es cierto que su condición de mujer es lo que aporta al testimonio un valor inestimable, también lo es que no hay en toda la narración un solo hombre que salga bien parado.